

J.L. Carr

# UN MES EN EL CAMPO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

J.L. CARR  
UN MES EN EL CAMPO

Traducción de José Manuel Benítez Ariza

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *A Month in the Country*

1.ª edición: junio de 2019

© 1980 by Bob Carr

De la traducción: © José Manuel Benítez Ariza, 2004, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-9066-714-9

Depósito legal: B. 10.883-2019

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Prefacio .....	13
Un mes en el campo .....	15

Cuando el tren se detuvo salí a trompicones, dando codazos y pateando el macuto que tenía delante. En el andén alguien gritaba desesperadamente: «Oxgodby, Oxgodby». Nadie se ofreció a echarme una mano, así que me encaramé de nuevo al compartimento y fui tropezando con tobillos y pies hasta alcanzar la talega (en el portaequipajes) y mi cama de campaña plegable (bajo el asiento). Si esto era una muestra representativa de cómo eran los nortños, me hallaba entonces en un país enemigo y todas las precauciones eran pocas antes de dar un paso. Oí que un tipo contenía el aliento y que otro gruñía: ninguno de los dos habló.

Entonces el jefe de estación silbó, el tren avanzó un par de pasos de una sacudida... y se detuvo. Esto bastó para que el viejo del rincón de la izquierda se animase a bajar su ventanilla hasta la mitad.

—Va usted a enfriarse y a calarse hasta los huesos, jefe —dijo, y cerró la ventanilla en mis narices.

En ese momento la máquina soltó un espléndido penacho de vapor y arrancó trastabillando, mientras una hilera de rostros impasibles me miraba fijamente. Y yo estaba solo en el andén, arreglando mi bolsa, echándole un último vistazo a un mapa, embutiéndolo en el bolsillo de mi abrigo, sacándolo de nuevo hasta hacer que se cayese mi billete sobre las botas del jefe de estación, arrepintiéndome de no haber cosido uno o dos de los botones que me faltaban, esperando que dejara de llover hasta que tuviera un techo sobre mi cabeza.

Una muchachita, con la cara aplastada contra el cristal de una ventana, me miraba fijamente desde la casa del jefe de estación. Debió de ser mi abrigo lo que le llamó la atención; era de antes de la guerra, de alrededor de 1907, imagino, una tela estupenda, de la buena, mezclilla gruesa, de espiga. Me llegaba a los tobillos: su primer propietario debió de ser un grandullón con dinero.

Vi que me iba a mojar mucho; me entraba agua por las suelas. El jefe de estación retrocedió a su caseta de señales y dijo algo, pero no entendí su dialecto. Pareció hacerse cargo.

—He dicho que puede usar mi paraguas —repitió en un inglés tolerable.

—No voy muy lejos... —dije—, según el mapa, claro.

Pero la gente del norte es de una curiosidad insaciable:

—¿Cómo de lejos? —preguntó.

—La iglesia —dije—. Espero secarme cuando llegue.

—Pase y tómese un té primero —contestó.

—He quedado en ver al párroco.

—Ya. Yo soy metodista. De todos modos, si necesita algo, avíseme. Es decir, si es algo que esté en mi mano.

Parecía saber el motivo de mi llegada.

Emprendí entonces la marcha de mala gana, protegiendo lo mejor que pude mi muda de ropa, que iba en la talega de mimbre, bajo el abrigo. El camino estaba donde decía el mapa que debía estar. Y también el único edificio, que resultó ser una granja desvencijada, con su trocito de jardín delantero aburriéndose tras una herrumbrosa verja de forja. Un perro, un airedale, arrastró su cadena, aulló sin entusiasmo y corrió de nuevo a resguardarse. Más allá había un par de gallineros cayéndose a pedazos entre las ortigas, en el huerto abandonado. La lluvia resbalaba por mi sombrero formando un canal cuello abajo. Un asa de la talega cedió. Entonces doblé la esquina de un seto alto y me encontré en un pastizal despejado. Ahí estaba la iglesia.

Era un edificio del montón: no cabía duda de que no había habido ningún *boom* medieval de la lana por esos pagos. En aquel país se había pasado hambre, y cada piedra constituía una exacción. El pequeño

presbiterio tenía un tejado en pendiente inusualmente poco pronunciada; debió de ser añadido unos cien años después del edificio principal (que tenía un tejado muy empinado que se aplanaba en las naves laterales). La torre era achaparrada. No saquen una impresión errónea; el conjunto presentaba un aspecto bastante agradable, y cuando me acerqué, vi que la cantería había sido aparejada con muy buena mano: sillares de caliza, y no de cascote. Incluso entre los contrafuertes había sido cortada primorosamente, con sólo una pizca de mortero; y, medio ahogándome como estaba, aplaudí silenciosamente a los canteros. La piedra misma —con apenas un toque de amarillo pálido en ella, por el magnesio— debieron de extraerla de las canteras próximas a Tadcaster y de traerla por vía fluvial... No se me impacienten con los detalles: por aquel entonces, todavía me sentía orgulloso de mi faceta de aficionado a las piedras.

La tapia del cementerio se conservaba bien, por más que, sorprendentemente, el cerrojo de la estrecha cancela estaba roto y se aguantaba con un lazo de cuerda de agavillar. Había algunas lápidas del siglo XVIII que no estaban mal, con sus querubines manchados de líquenes, sus relojes de arena y sus calaveras medio ocultas tras los hierbajos, las ortigas y las matas de perejil de perro. Entreví dos o tres remates de una tumba familiar abrumada por las zarzas: un gato gris se asomó, me miró con ferocidad y se fue. Dios sabe qué otras



cosas vivían allí: hoy día, lo habrían declarado reserva natural.

Los canalones y los desagües... No lo pude evitar: debía ver si tenían caída. De modo que me abrí paso entre la vegetación hasta rodear el edificio. ¡Ni un chorro en ninguna parte, ni rastro de caída de agua en los muros! La humedad es la perdición de las pinturas murales. Si hubiera habido una sola pared verde, podría haberme dado la vuelta allí mismo y dejar que el agua me llevara de nuevo a la estación.

De modo que regresé al pequeño porche, con sus asientos de piedra pulidos por quinientos años de roce con los traseros de los dolientes que se desmayaban con el incienso o a causa de los remordimientos.

Retorcí la argolla que hacía las veces de tirador y empujé la puerta. Chirrió; una advertencia por la que iba a estarle agradecido durante las próximas semanas. Y heme allí. En líneas generales, aquello era lo que yo suponía que podría ser: un suelo de losas de piedra, tres pilares rechonchos a cada lado de la nave central, dos naves laterales bajas y, más allá, un presbiterio (lo que podía verse de él) vigorosamente reorganizado por algún beneficiado con simpatías oxfordianas.\* El techo era una obra sólida; podría haber sido

\* Por «oxfordiano» (y no «oxoniense», que sería el patronímico usual) traduzco «Tractarian», partidario de las ideas contenidas en los *Tracts for the Times* publicados en Oxford entre 1833 y 1841, una serie de noventa escritos en los que se fundamenta el llamado «movimiento de Oxford», que fue una

un casco de barco visto del revés. Y era posible que hubiera algunas claves de bóveda interesantes. Pero, por supuesto, es el olor de los lugares, siempre el olor, lo que causa la primera impresión... Y aquí olía a cojines mojados.

El andamio, como se me dijo por carta, estaba montado, y ocupaba el arco del presbiterio. Había incluso una escalera de mano atada a éste, por la que subí de inmediato. Ay, cuántas cosas se pueden decir contra el reverendo J.G. Keach. Por desgracia, es así. Pero cuando se siente en el banquillo del Juicio, también habrá que decir, como atenuante: Señor, era práctico. Lo que es una rara virtud en los ingleses. En Francia no nos hubieran venido mal unos cuantos oficiales de intendencia como él. Había dicho que el andamio estaría listo, y lo estaba. Había dicho que, si yo llegaba en el tren de las siete y cuarto, me recibiría en la iglesia a las siete y media. Y cumplió.

Y así fue como lo vi por vez primera, la personificación de sus precisas y prácticas cartas, parado en la puerta, a mis pies, deduciendo de las huellas mojadas que yo había llegado. Como un perro rastreador siguió mis pisadas hasta el pie de la escalerilla y luego hacia arriba.

—Buenas noches, señor Birkin —dijo, y bajé.

---

corriente de la Iglesia anglicana que preconizó una aproximación al catolicismo y propició algunas conversiones notorias, entre ellas la del cardenal Newman (1801-1890). (*N. del T.*)

Tenía cuatro o cinco años más que yo, puede que treinta, un hombre alto pero no de apariencia fuerte, pulcramente trajeado, de ojos claros y aspecto frío y envarado, que, incluso después de haber tenido tiempo de acostumbrarse a mi tic facial, seguía hablándole a alguien situado detrás de mi hombro izquierdo. Fue directo al grano.

—Respecto a que se aloje en la habitación del campanario, no me parece en absoluto la mejor idea; en otras palabras, no me hace ninguna gracia. Sin duda le dejé bien claro en nuestra correspondencia que Mossop debe tocar la campana todos los domingos, y que la soga pasa por un agujero en el suelo. Esperaba que usted tuviera otros planes; una pensión, o un cuarto en el *Shepherds' Arms*.

Musité algo sobre el dinero.

—La estufa —dije—. ¿Qué hay de la estufa? No dijo ni que sí ni que no. ¿Puedo usarla? La lluvia... como la de hoy... —Mi tartamudez lo desconcertó por un instante o dos.

—No estaba en el contrato. —Esquivó la cuestión, dando a entender, de alguna manera, que tampoco lo estaban mi tartamudez y mi tic facial—. En principio, no se hizo mención alguna de la estufa. Compréndalo, tenemos que pensar también en nuestros propios gastos. Usted indicó que traería un hornillo de campaña. En su primera carta. Ésta. —La sacó de un bolsillo y me la plantó delante—. A la mitad de la segunda página.

—Podría prenderle fuego a algo —contraataqué, sintiéndome bastante contento conmigo mismo; la gente no entiende que un tartamudo dispone de más tiempo para ocuparse de las preguntas comprometedoras, y ésta la despaché así—: Y ojo con el seguro. Es lo que llaman «Usar un edificio para Actividades Impropias».\* Alcohol y parafina..., maderas viejas..., resecas..., recargo por alto riesgo de incendio. Un tío mío fue agente de seguros...

Lo de Actividades Impropias le impresionó. Las Actividades Impropias ya son malas en Londres, pero no digamos lo que pueden llegar a ser en el campo... ¡Y aquí en el norte, y ahí arriba! Y ya se sabe que el Pecado se infla hasta el doble de su tamaño cuando se le cuenta al clero.

—Está bien, está bien —dijo, irritado—. Supongo que puede usarla, si insiste.

Entonces, como todos los que dan su brazo a torcer con demasiada facilidad, empezó a rebuscar algunas cláusulas restrictivas para salvar la cara.

—Pero deberá ocuparse de dejarla en un Estado Aceptable los domingos; y, por supuesto, recuerde en todo momento que está en un Lugar Sagrado... ¿Es usted anglicano?

Sí, le dije, conmigo no se equivocaba. Vi que consideraba la posible ambigüedad de mis palabras, que

\* Respetamos el uso peculiar que el autor hace de las mayúsculas, normalmente con intención enfática o irónica. (*N. del T.*)

se preguntaba en qué no se equivocaba respecto a mí. Por su expresión..., malo. Yo no tenía pinta de anglicano. De lo que tenía pinta era de Persona Inadecuada y proclive a incurrir en Actividades Impropias; de persona que, contra el parecer de aquel sacerdote, había sido innecesariamente contratada para descubrir una pintura mural que él no quería ver, y cuanto antes lo hiciera y saliera zumbando para Londres, mejor.

—Es muy rara —dije.

—¿Sí?

—Esta estufa —dije— es rara.

—Terriblemente anticuada —dijo—. La voy a jubilar antes del invierno. Tengo un catálogo que anuncia un aparato recién patentado con doble caldera. Cada caldera está enclaustrada en una cámara de agua, asegurando así una emisión de calor regular y fiable. Y se garantiza que no hace ruido.

Parecía otro alardeando locuazmente de la estufa, por más que ésta sólo se había acercado a Oxgodby en las páginas de un catálogo.

—Ésta, o bien se calienta demasiado algunas veces (en realidad, llega a ponerse al rojo vivo), o bien se limita a darse calor a sí misma, y a nadie más. —Y le dio una patadita resentida. Se miraron ceñudamente, como viejos enemigos.

Puede que dijera muchas más cosas, pero no lo oí porque estuve examinando la estufa con gran atención. Ciertos objetos mecánicos me fascinan. Lo que más,

hasta ese día, los relojes y las cosas movidas por mecanismos de relojería. No había reparado en las posibilidades de las estufas de coque. Ésta tenía, al parecer, varios tiradores y rótulas cuya finalidad no veía: estaba claro que ese maldito monstruo iba a obligarme a emplear algunas horas placenteramente instructivas en aprender sus manías, así que esperaba que aquel tipo no lograra reemplazarla hasta después de mi marcha. En cualquier caso, le hice una caricia propiciatoria en el lugar donde había recibido la injusta patada. Con los mimos precisos y la comprensiva cooperación del tal Mossop, podría haberse empleado, con efectos devastadores, para remachar un sermón sobre los Fuegos del Infierno y el Abismo sin Fondo.

Tenía una gran placa ovalada rodeada de rosas de hierro fundido, que anunciaba que BANKDAM-CROWTHER LTD. de Green Lane, Walsall, la había manufacturado bajo la patente 7564B. Bueno, eso sí que era un pedigrí de renombre. Más que un pedigrí, una dinastía: Bankdam-Crowther, los Habsburgo del mundo de las estufas. Sabe Dios lo que sucedió con Bankdam, pero recuerdo haber leído en el *Daily Mail* que Crowther se había rebanado el pescuezo antes de saltar desde el muelle de Bridlington, para procurarse una muerte segura. Nada que ver con sus estufas: su punto débil eran las mujeres y los caballos. Así que ya no las fabrican. Terrible pérdida para aquellas partes del mundo que necesitan calentarse con coque. De hecho, la última

que vi fue en Ypres. Después de un impacto directo de obús, la iglesia se había desplomado sobre sus propios cimientos. Pero no la vieja Bankdam-Crowther... Maravilloso tributo al trabajador británico.

La lluvia repiqueteaba en el tejado.

—¿Qué es lo que realmente le molesta? —pregunté.

—Hace ruido... —dijo con impaciencia—. Y perturba las oraciones y los cánticos: a los niños atolondrados parece que les hace gracia. Por no hablar cuando revoca..., que, bueno, cuando lo hace, es una erupción. Humo, chispas, ceniza... Sí, ceniza, llueve ceniza sobre la congregación. He tenido varias quejas. La víspera del quince de enero de este año llegó a caer ceniza sobre el coro, durante el himno. Y no sólo ceniza. ¡Escorias! Hice llamar a un experto de York para que la examinara. Nos cobró una guinea y dijo que no nos daría más problemas. Pero al cabo de un mes volvió a las andadas. Ahora parece que se ha reajustado; sé que puedo confiar en que usted no la manoseará.

Claramente sabía que no podía fiarse de mí en este punto. Mi aspecto no era nada de fiar; mi abrigo me delataba. Y también estaba mi cara, el lado izquierdo. Al igual que su Bankdam-Crowther, funcionaba espasmódicamente. La gente como el reverendo J.G. Keach no lo soportaba: empezaba en mi ceja izquierda y bajaba hasta mi boca. Lo había cogido en Passchendaele y no fui el único. Los médicos decían que probable-

mente se me iría con el tiempo. La marcha de Vinny no había ayudado.

No, le dije, podía fiarse de mí, y adopté una postura que inspiraba confianza. Pero, como un lado de mi cara no dejó de experimentar contracciones bastante poco fiables, debí de resultarle aterrador, por lo que le asestó otra patada a la estufa... de puro azoramiento.

—Bien —dijo—, pasemos a una cuestión delicada. —Aparentemente, bastante delicada, puesto que bajó la voz—. En el caso..., cuando sienta una necesidad, puede usar la caseta en la esquina nordeste del camposanto. Gozará de bastante privacidad..., detrás de unas matas de lilas. La última vez que miré había algunas herramientas de las que usa Mossop, pero hay espacio suficiente. Haga el favor de echar un poco de desinfectante una vez a la semana y unas paletadas de tierra: controla las moscas.

Decir esto debió de costarle un gran esfuerzo, y hubo un intervalo durante el cual hizo acopio de sus reservas de benevolencia para una última concesión.

—La guadaña —dijo.

—¿La guadaña?

—La guadaña de Mossop está ahí, colgada de un clavo. Se está oxidando... El clavo.

—Ah.

—Quizá debería asegurarse de que esté bien sujeta, antes de...

Le di las gracias, preguntándome qué era lo que le



preocupaba, si la pérdida de la vida o sólo la de la hombría.

—Le he dicho a Moon que puede usarla también... ¿De qué época cree que es?

No podía referirse al retrete, así que supuse que se refería a la estufa, y dije:

—Bueno, de alrededor de 1890... o 1900..., de algún momento de ese periodo... —Y me pregunté quién era Moon, mi secreto copartípe.

—¡No, no! —exclamó con irritación—. El mural, la pintura...

Le dije que no había modo de saberlo hasta que hubiese descubierto parte de ella. Los vestidos me lo revelarían con un margen de diez o veinte años; la moda no cambiaba con tanta rapidez, ni siquiera para los ricos, y, en cuanto a los pobres, la de ellos apenas si sufría cambios. Así que esperaba que por lo menos hubiera una o dos mujeres ricas. Dije que los briales desaparecieron y los cintillos se pusieron de moda alrededor de 1340... Pero si quería conjeturas —y no pasaban de ser conjeturas—, yo diría que del siglo XIV, después de la Peste Negra, cuando los potentados supervivientes estaban devorando las propiedades de los vecinos muertos a precios de crisis, pero el miedo por su propio pellejo todavía les hacía sudar parte de sus ganancias.

Empezó a decir algo del todo irrelevante; quizá ésa era una de las razones por las que resultaba difícil pres-

tarle atención. Pero había también una cualidad en su voz por la que se le iba el espíritu, y seguro que fue mucho lo que me perdí..., mientras cavilaba sobre ese tal Moon y sobre la guadaña damóclea de Mossop.

—¿Cuándo comenzará?

Eso sí lo pillé. Bueno, ya estaba allí, ya había empezado. No podía haber dudas al respecto. Entonces le oí decir:

—No hemos previsto ningún extra.

—No los habrá.

—No debe haberlos. Usted aceptó que se le pagasen veinticinco guineas, doce libras y diez chelines, a la mitad; y trece libras con quince chelines al Final, cuando los Albaceas den su Aprobación. Tengo aquí su carta.

—¿Por qué solamente los Albaceas? —pregunté—. ¿Por qué no usted también?

Ése sí que fue un buen golpe.

—Una mera omisión de la señorita Hebron en el testamento —mintió amargamente—. Un descuido, por supuesto.

Por supuesto, pensé. Cómo no.

Pero devolvió el golpe.

—Sin embargo, a todos los efectos, represento a los Albaceas. No pondré inconveniente a que lo retoque... Las zonas borrosas, e incluso los trozos que puedan haber desaparecido, puede rellenarlos. Mientras sea apropiado y armonice con el resto... Lo dejo a su arbitrio —añadió, dubitativo.

¡Increíble!, pensé. ¿Por qué habrá tantos párrocos como éste? ¿Debe uno perdonarles su defectuosa sensibilidad hacia el prójimo porque estén entregados a Dios? ¿Y qué hay de sus mujeres? ¿Es posible que en sus casas sean también así?

—Por supuesto, no es del todo seguro que haya algo ahí —dije, tratando de hacerme el simpático.

—Por supuesto que hay algo. Puede que yo tenga mis reservas (que no estoy preparado para discutir) respecto a la señorita Hebron, pero tonta no era. Se subió a una escalera y raspó un trozo hasta que encontró algo.

¡Dios mío, eso era terrible! ¡Raspó un trozo!

—¿Cómo de grande? —gemí, con voz histérica y ojos desquiciados clavados en la oscuridad que dominaba el arco del presbiterio (mientras los pómulos se me salían de la cara, como locos).

—Una cabeza, creo —dijo—. Ciertamente, no más de dos.

¡Una cabeza! ¡Dos cabezas, quizá! ¡Puede que media docena de cabezas! Usaría papel de lija y un cepillo de fregar sartenes. Me entraron ganas de subir corriendo la escalerilla y darme de cabeza contra la pared.

—Luego lo enjalbegó de nuevo —siguió, del todo ajeno a mi turbación—. Es mejor que sepa aquí y ahora que su contratación no cuenta con mi apoyo. Pero sin duda ya lo habrá adivinado... al leer entre líneas en mis cartas. No se hubiera llegado nunca a esta situación

de no ser por la postura poco razonable que adoptaron los abogados cuando les pedí su aprobación para un uso alternativo de esas veinticinco guineas, y porque se negaron en redondo a abonar el legado de mil libras que ella dejó a nuestro Fondo de Mantenimiento hasta que las condiciones del testamento se cumplan.

Fijé la mirada en la oscuridad. ¿Cómo había llegado ella a saber lo que había allí? ¿Y si no había más que lo que quedase de aquellas cabezas? Pero si Keach, todo un incrédulo, creía que había algo, seguro que lo había. Se me ocurrió que quizá él también había hecho una rascadita.

—Quedará a la vista de la gente —se quejó.

—¿Quedará a la vista el qué? —pregunté.

—Lo que quiera que sea —contestó secamente, mirando hacia arriba—. Distraerá la atención del culto.

—Sólo por poco tiempo —dije—. La gente se cansa del color y de las formas que no se mueven de sitio. Y siempre creen que tendrán más tiempo del que tienen, y que algún día vendrán entre semana a echar un vistazo como es debido... —Quizá debí decir «vendremos»... Yo también lo hago.

¿Saben? Creo que se tomó la molestia de considerar la validez del argumento antes de rechazarlo. Luego se fue. No me dijo quién era Moon. Ya nos tropezaríamos detrás de las matas de lilas.

Subí de nuevo la escalera y di unos cuantos botes suaves en la tarima; estaba recomendablemente firme. Contemplé entonces la grandiosa extensión de pared encalada que tenía delante. Sí, «contemplé», ninguna otra palabra serviría: fue un momento solemne. Se extendía (me refiero a la pared) hasta las vigas del techo y, por los lados y hacia abajo, hasta los límites del arco. Como un ciego pasé las palmas de ambas manos por su superficie, hasta que encontré los lugares que aquella mujer había vuelto a enjalbegar. Por naturaleza, somos criaturas esperanzadas, siempre dispuestos a sufrir una nueva decepción, atrapados por la maravilla que *podría* estar envuelta en el más mugriento de los paquetes de papel de estraza.

Pero yo sí sabía que estaba allí. Y sabía que era un Juicio Final. No tenía más remedio que ser un Juicio Final, porque siempre ocupan el lugar escogido, donde los feligreses no puedan evitar ver las cosas espeluznantes que les sucederán si no desembolsan su diezmo o se casan con las muchachas que han dejado embarazadas. Tendríamos a san Miguel pesando las almas y los pecados en platillos opuestos, a Cristo Rey haciendo de árbitro y, abajo, el Fuego que arde eternamente: una espléndida escena de multitudes, verdaderamente espectacular... Debería haber regateado para que me pagaran por cabeza.

Estaba tan animado que sólo la oscuridad me disuadió de empezar. ¡Qué suerte! Mi primer trabajo...

Bueno, mi primer trabajo por cuenta propia. No debía estropearlo, pensé, la paga es infame pero me las arreglaré para sobrevivir y tendré algo que mostrar a los futuros clientes. Y deseé que fuera algo bueno, realmente espléndido, verdaderamente asombroso. Como Stoke Orchard o Chalgrove. Algo que arrancase una mención del *Times* y una reseña detallada (con fotos) en el *Illustrated London News*.

Bajé entonces la escalera del andamio y subí la del campanario, pero, antes de encender mi lámpara de aceite, me dirigí a la ventana y miré las luces dispersas del pueblo, que brillaban bajo la lluvia, en medio de la oscuridad. Bueno, pensé, ésta será mi casa durante unas semanas; y no conozco a un alma ni nadie me conoce. Como si fuese un marciano... No, eso ya no era verdad. Conocía al reverendo J.G. Keach, y probablemente no había mucho más que saber de él. ¿Y acaso el jefe de estación no me había invitado a comer? Casi todas las Personas Importantes de Oxgodby, incluyendo, entre bastidores, a los hermanos Mossop y a Moon... Ya era Alguien. Y en menos de un par de horas. ¡Asombroso!

Esa noche, por vez primera en muchos meses, dormí como un tronco, y a la mañana siguiente me desperté muy temprano. En realidad, no dormí mucho más allá del amanecer en ninguno de los días que pasé en Oxgodby. El trabajo era agotador; estaba de pie la mayor

parte del día, a menudo comía sin sentarme; y luego, de noche, allá arriba, en mi altillo por encima de los campos y lejos de la carretera, demasiado lejos para que me llegaran las voces, no había nada que me molestara. A veces me despertaba un momento y oía los gritos de una raposa al borde de algún bosque lejano, o el grito de ataque de algún bichejo en la oscuridad. El resto, los ruidos de un edificio antiguo: el temblor de la soga de la campana, que venía de arriba y salía por el agujero del suelo; un estremecimiento en las vigas del techo, la piedra asentándose todavía después de quinientos años...

Durante las semanas que pasé allí, sólo tuve dos noches malas. Una, cuando soñé que la torre se desplomaba; y otra, en la que avanzaba agachado en dirección al fuego de ametralladora, sin trinchera en la que meterme, deslizándome sin parar por el fango hacia una muerte por mutilación. Y entonces también mis alaridos se unieron a los de las criaturas nocturnas. Bueno, hubo una tercera noche sin dormir, pero eso fue mucho después y por otro motivo.

De modo que, esa primera mañana, enrollé mi manta y, esquivando la soga de la campana, crucé la estancia en dirección a la ventana sur y retiré el abrigo, que había extendido para que no pasara la lluvia. Era una ventana sencilla, de dos luces, por supuesto sin cristales, con un sencillo montante lo bastante fuerte para soportar mi peso. Había parado de llover y el

rocío resplandecía en la hierba del camposanto, la pelusa flotaba en las corrientes de aire, un par de mirlos picoteaban insectos aquí y allá, un zorzal cantaba ante mis ojos en uno de los fresnos. Y más allá se extendía el pastizal que había cruzado cuando vine de la estación (con una tienda de campaña de forma cónica plantada cerca de un arroyo), y, luego, más campos que ascendían hacia un oscuro reborde montañoso. Conforme iba clareando, se desplegaba un vasto y majestuoso paisaje. Me di la vuelta; todo era de lo más satisfactorio.

Entonces desempaqueté mis provisiones, té, margarina, cacao, arroz, un pan, pensando que tendría que agenciarme un par de latas con tapa para mantener todo aquello resguardado del aire. Encendí el infernillo con alcohol metílico, freí un par de lonchas de panceta y me hice un grueso bocadillo. Era muy agradable estar sentado en las tablas, apoyado contra una pared, porque por la ventana todavía podía ver las colinas, que se ondulaban como la espalda de alguna grandiosa criatura marina, y los oscuros bosques que descendían por las laderas hacia el Valle.

Y entonces, Dios me ayude, en mi primera mañana, en los primeros minutos de mi primera mañana, sentí que ese paisaje norteño era amistoso, que había pasado página y que ese verano de 1920, cuyas brasas durarían hasta la caída de las primeras hojas, iba a ser una estación propicia, un tiempo bendito.